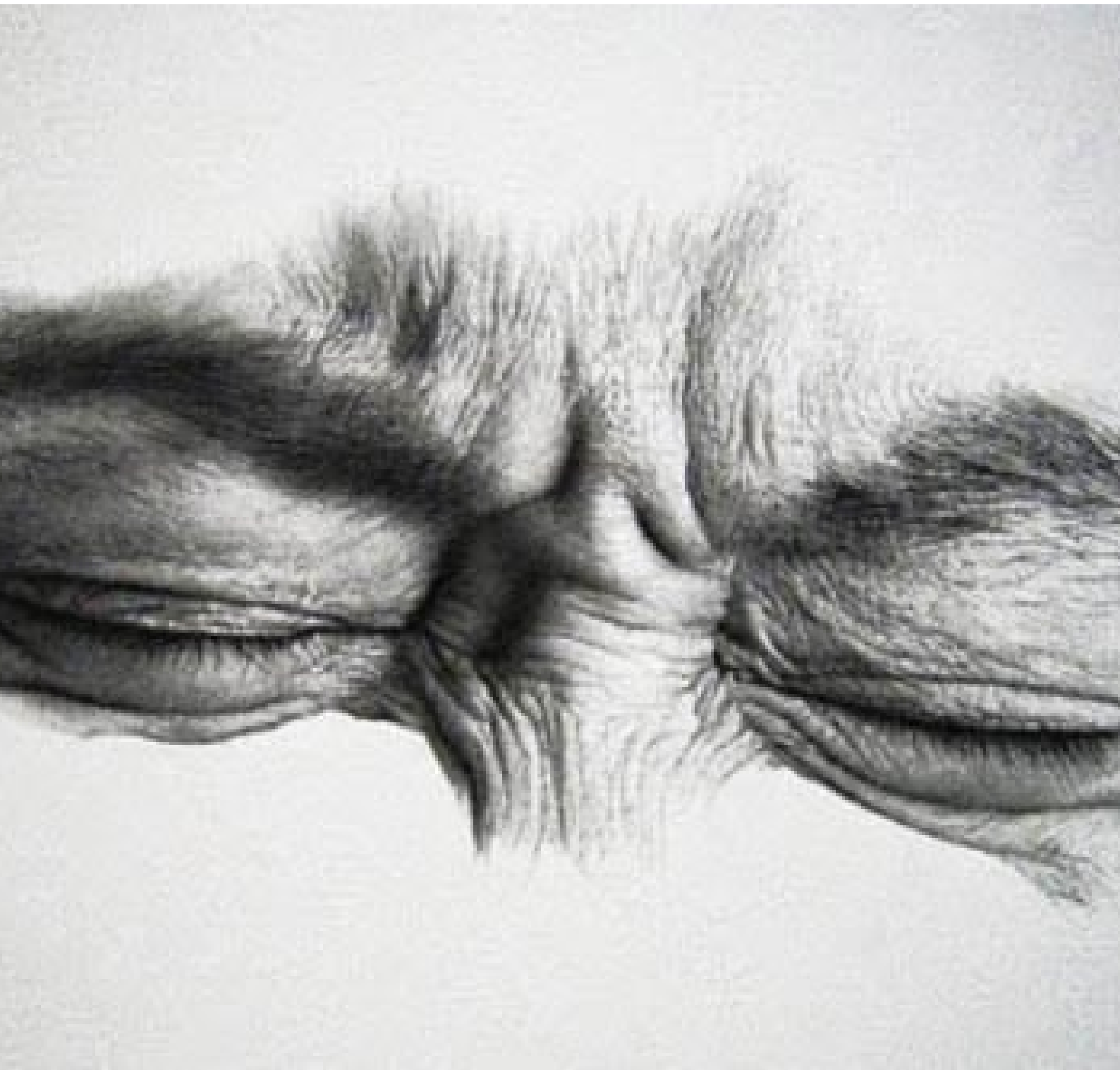


Puesta sin sol

Miguel Ángel Cadena



Capítulo 1

El viejo disfrutaba mucho de sus lecturas nocturnas, acompañadas a veces de un buen vino. Tenía los ojos desgastados del paso de los años y las frases impresas en papel, pero con sus viejos ojos disfrutaba también de muchas otras cosas, como los atardeceres en el banco del parque bajo la cuesta frente a su casa, la cara de su nieta cuando lo llamaba con alegría << ¡Abuelo, abuelo! >>. En definitiva él y sus ojos habían disfrutado de entrañables momentos juntos, y a día de hoy todavía dependía al completo de ellos. Pero estos cansados ojos dejaron de funcionarle justo cuando terminó de leer el que sería su último libro, mientras esperaba la hora de irse a la cama sentado en el sofá del salón, como si su vista hubiese aguardado hasta aquel preciso instante para dar por finalizada su vida.

Al principio pensó que sus ojos se habían rendido al cansancio y se cerraron sin él percatarse, así pestañeó varias veces y se vio más despierto que nunca. Entonces fue cuando se asustó de verdad. Primero se palpó la cara con cuidado, subiendo con lentitud hasta los ojos. Rozó con suavidad los párpados, como si se tratase de un cristal fino y débil. Movía la cabeza a la izquierda. Nada. Movía la cabeza a la derecha. Nada. Acabó por rendirse con mucha dignidad a la obiedad. <<Me he quedado ciego>> Dijo.

Palpando los muebles y las paredes se desplazó por su casa como si se tratase de una ajena. Eso le dolió profundamente, su casa era una parte de sí mismo, un lugar en el que había pasado 46 años de vida. Lo conocía como la palma de su mano, y sin embargo ahí estaba, dando pasos cargados de temor. Por primera vez en su vida se sintió viejo de verdad. Llegó hasta el espejo del baño y él mismo se preguntó curioso por qué habría acudido allí, como si fuese capaz de detectar el mal en el reflejo. Pero para qué serviría un espejo ahora que no podía ver. Le pareció algo gracioso, y aun así no rio, el asunto era muy serio como para estar riéndose de él.

Aturdido, apoyándose en las paredes y en los respaldos de las sillas, se fue a su cuarto. Desde hacía ya tres años vivía sólo. Desgraciadamente su mujer murió, en la cama donde siempre dormían juntos, donde ahora se sentaba el pobre anciano, sintiendo un vacío desagradable a su alrededor. <<Es ahora cuando me siento más vulnerable, más solo y más desgraciado>> pensó. Era como si el mundo cambiase, se tornaba en un insondable abismo del que caía y caía, todo se torció en cuestión de segundos. Lo asustaba el viento contra la ventana, el crujir de las ramas, la siniestra quietud nocturna. No estaba acostumbrado a escuchar como ahora lo hacía. A pesar de estar acostumbrado a la soledad, esa noche la sintió poderosa, se amedrentó hasta quedar acurrucado entre sus mantas,

agarrándose a sí mismo para no perderse en aquella terrible oscuridad.

Cuando despertó no recordó que estaba ciego, eso supuso un amargo comienzo. Se levantó suponiendo que era de día. A pesar de no ver nada sentía la calidez del sol traspasando la ventana. Escuchaba el revoloteo de los pajarillos con una intensidad para él desconocida. A tientas se deshizo del pijama y recordando dónde puso ayer la ropa de diario consiguió al final vestirse solo. <<Una auténtica proeza>> dijo para sí mismo. Por inverosímil que pueda sonar, ese pequeño logro le dio fuerzas para salir de su dormitorio y afrontar aquel mundo nuevo. Poco tiempo transcurrió hasta que dio con su primera barrera. No podía llamar a ninguna de sus dos hijas. Toqueteó el teléfono intentando rescatar de su memoria el número de su hija Carlota, quien vivía más cerca y lo visitaba con regularidad. Por más vueltas que daba no conseguía acordarse. Frustrado colgó con fuerza y volvió al cómodo sillón donde perdió la vista. La falta de posibilidades lo empujó a reflexionar sobre cómo sería su vida a partir de ahora. Cómo cocinaría ahora, cómo podría asearse, cómo se entretendría sin poder ver el mundo que lo rodeaba. Siempre se había considerado a sí mismo un hombre fuerte, por eso le dolió especialmente llorar de la impotencia.

De un fortuito golpe tiró al suelo el libro que finalizó la noche anterior. Se agachó y buscó hasta dar con él. Acarició la tapa con melancolía, no con rencor. Una sensación extraña le recorrió por dentro. Abrió el libro y palpó sus hojas. No podía ver las letras pero tenía la seguridad de que seguían ahí, era la misma seguridad con la que sabía que el sol saldría al día siguiente o que ahora mismo estaba en su salón. Un alivio repentino lo hizo suspirar. De repente aguzó el oído, lo oía lejos pero podía oírlo con suma claridad, era el coche de su hija Carlota.

Cuando entró a la casa de su padre lo encontró sentado serenamente en su sillón. La pequeña niña sorteó las piernas de su madre, entró como un torbellino para lanzarse a los brazos de su abuelo. Al abrazar a su nieta le dio por pensar en detalles que antes no se había parado en apreciar, como en lo pequeña y vulnerable que era o lo espeso y suave que era su pelo al acariciarla con la mano. Le tocó la punta de la nariz, los mullidos mofletes, a lo que la niña respondió entre risas << ¿Qué pasa abuelo, tengo algo en la cara?>>. Quiso decir que no ocurría nada, sólo que su nieta era la más bonita de todas. Pero no lo dijo. Como si estuviese mirando a una fotografía guardada dentro de su cabeza veía a su nieta riendo, enseñando las graciosas mellas en su boca. <<Estas aquí>> Dijo como si se diese cuenta de que no había desaparecido.

Tras contarles toda la historia a su hija y su nieta decidieron que lo llevarían a un oculista lo más rápido posible. El abuelo aceptó sin mucho ánimo. Tenía asimilado que no vería nada en lo que le quedaba de vida. Irían al día siguiente por la mañana, no tenía sentido ir tan tarde. Ellas se quedarían con él esa noche para cuidarle. El tenerlas cerca realmente lo

tranquilizaba. Invitó a su nieta a dar un paseo hasta el banco donde a menudo se sentaba. La niña por supuesto aceptó, sintiendo que era su deber ayudar a su querido abuelo. Su hija sin embargo no estaba tan convencida. <<Te sorprendería lo rápido que me estoy habituando, ya no soy la misma persona que se levantó esta mañana. He aprendido tantas cosas que podría escribir un libro sobre ello>>. Sonrió, su nieta le sujetaba la mano para guiarlo hasta la puerta.

A pesar de la notable torpeza del abuelo no tardaron mucho en llegar al banco. Se sentó, como hizo muchas otras veces a lo largo de su vida, frente al apagado sol violáceo que volcaba tras el horizonte. En silencio apreciaron los dos como iguales la preciosa puesta. Sin poder ver nada sentía como la brisa se volvía un poco más fresca con cada soplo. No podía apreciar la escena como lo hubiese hecho días antes, pero de igual forma le pareció maravilloso. Sin esperarlo, notó un apretón suave en la mano, quien lo agarraba temblaba ligeramente. Puso atención y escuchó los débiles sollozos de su nieta.

-¿Qué te pasa hija mía? ¿Lloras por el abuelo?

-Sí -Respondió mientras sorbía hacia dentro los mocos-.

-No llores querida, no me ha pasado nada grave, sigo estando muy sano.

-Pero abuelo, cómo puedes decir que no te pasa nada, ni siquiera has podido ver cómo se ha puesto el sol.

-Oh, sí que lo he visto.

-Cómo vas a verlo si estás ciego.

-Es sencillo, lo he visto tantas veces que lo puedo observar en mi memoria tan nítidamente como tú lo ves. -Después de algunos intentos atinó a pellizcarle la cara- De igual manera que te veo aquí. Es como si tuviese una foto tuya para mirar cuantas veces se me antoje.

-Pero no me verás crecer, no verás cómo el mundo cambia.

-Pequeña, el mundo no cambia, el que ha cambiado he sido yo. Es una pena eso que dices, no es que me guste estar así, pero me conformo con saber que todo sigue igual. Tú seguirás siendo mi dulce Daniela, tu madre seguirá siendo mi hija. Los árboles seguirán creciendo y el viento seguirá soplando. Me contento con saber que nada de eso ha desaparecido.

Después de charlar un rato Daniela ya comenzó a sentirse mejor. Volvieron a casa para cenar. Esa noche el anciano sintió su casa más llena de lo que había estado en mucho tiempo. Sabía que el mundo no había

cambiado en absoluto.